

### Un Desafío Romancesco.

(13 de Mayo de 1863.)

Las primeras nubes de desaliento comenzaban á empañar el hermoso cielo de Puebla, no precisamente por falta de valor, que siempre lo hubo de sobra, ni por falta de fe en la justicia de la causa nacional, que era cada día más profunda y más santa, sino por falta de víveres y municiones, por la imposibilidad absoluta de vencer á un enemigo diestro, numeroso y sagaz que tenía consigo todas las ventajas materiales imaginables.

En muchos rostros se dibujaba la actitud sombría del que, próximo á sucumbir, no encuentra solución inmediata para sus circunstancias aflictivas y casi desesperadas.

Desde que se supo á punto cierto la derrota de Comonfort, nadie soñó con prolongar la resistencia de la plaza sitiada, ni menos en vencer al adversario en una batalla campal.

Es cierto, varios jefes fogosos, verdaderos espíritus indomables, propusieron la ruptura del sitio para salvar, aunque á costa de grandes sacrificios, una parte del ejército. Pero el proyecto no por patriótico y noble dejaba de ser completamente ilusorio, porque faltaba algo de lo esencial para el buen suceso: las municiones.

Si el valor, el heroísmo, la abnegación y el sacrificio hubieran sido las únicas condiciones del éxito, siquiera en parte, para burlar una vez más la abultada fanfarronería de Forey, el prestigiado Ejército de Oriente no habría vacilado ni un minuto en ofrecer su sangre, en sacrificarse como los espartanos de Leonidas, en dar su vida por la honra impoluta de la Patria. Pero ¡ay! el problema no era de psicología sino de números. El patriotismo para ser eficaz y fructífero necesitaba el apoyo de la dinámica.

La rendición de Puebla era inminente, pero una capitulación como la deseaba Forey, como la llegó á insinuar melosamente al Gral. Mendoza, eso ni siquiera cruzó por la imaginación de ningún mexicano.

\*\*\*

Ya entrada la noche, un grupo de soldados—hijos de Durango y Chihuahua—

departía tranquilamente al pie de una trinchera. La nostalgia del terruño y el presentimiento de un penoso y próximo desenlace unía á aquellos corazones con vínculos más estrechos; cada quien hacía sus confidencias con expansiva fraternidad y expresaba su confianza de ver llegar mejores días para la patria, para el hogar, para la causa que sostenían con tanto anhelo y tan ímprobos sacrificios.

Unos estaban recostados en el suelo, otros en pie apoyadas las manos sobre los fusiles. Los rayos opalinos de la luna iluminaban el cuadro como al través de una pantalla. El bombardeo del enemigo sobre los puntos que á diario escogía casi había cesado, pues pocas detonaciones se oían de vez en cuando.

El sargento Anaya que hasta entonces había guardado silencio, estiró los brazos como para templar sus nervios, bostezó largamente y fijando sus ojos, un tanto altivos, sobre sus camaradas, habló en estos términos:

—Sea cual fuere el resultado de este sitio, los franceses no olvidarán tan fácilmente las zurras, buenos recuerdos se van á llevar de nosotros. Allí están San Javier, San Marcos, Santa Inés, Pitiminí, el Carmen, la Estampa y Miradores que no los

dejarán mentir. Nuestra bandera se ha cubierto de gloria y ya podemos esperar tranquilos el desenlace por infortunado que sea. Los famosos zuavos y cazadores son valientes, ni quien lo duda, pero nuestros batallones les han hecho morder el polvo en todos los encuentros. Ahora se limitan á bambardarnos, pero de lejos, y esperan pacientemente que el hambre nos rinda.

Oiga, mi sargento—interrumpió un soldado bonachón y de baja estatura que arrojaba espesas bocanadas de humo de cigarro—lo que siento es que nosotros nos hemos dado poco gusto en la fiesta, pues mientras los demás se han batido como unos héroes nosotros hemos estado arrinconados.

—De veras, agregó otro, ya estoy aburrido de esta danza. El otro día que nos llevaban á auxiliar á los de Toluca, porque allí estaba lo bueno de la pelea, á la mera hora nos ordenaron: *¡media vuelta!*

—No importa, dijo Anaya, la gloria es de todos; porque todos hemos hecho nuestra parte; además, en el encuentro de hace ocho días ya recordarán como se portó Juan Castaño á la cabeza de su compañía.

Sí, es cierto, mi sargento, pero de todos modos es bien poco. Cuando estemos en nuestra tierra y nos pregunten de las ac-

ciones más heroicas, tendremos que decir que las vimos de lejos.....

De súbito se presentó un oficial que examinó el punto con mucho cuidado, cruzó algunas palabras casi en secreto con el sargento Anaya y se retiró al rato.

Pocos minutos más tarde, Anaya y los soldados dormían profundamente envueltos en sus frazadas, sólo los centinelas, para espantar el sueño, se paseaban á lo largo de la trinchera.

\* \* \*

Por uno de los reductos que menos había sufrido los estragos del cañón enemigo, se destacaba confusamente un personaje, de pie, tan inmóvil que se le habría creído una estatua. Era un General que á las altas horas de la noche visitaba los puntos á su cargo para observar de cerca y por sí mismo, seguramente, el estado de las defensas y la vigilancia de las guardias, que dicho sea en honor suyo, era estricta hasta el exceso.

El General no cambiaba de postura y sólo de vez en cuando movía la cabeza á uno y otro lado como para abarcar á un golpe de vista el extenso panorama que tenía enfrente, apenas iluminado por los mortecinos reflejos de la luna. Del extre-

mo de una pared de adobes salió el oficial y al ver el extraño bulto, se detuvo, empuñó su pistola y marcó el alto.

—Soy yo, Dionisio, ven por acá, fué la respuesta del personaje.

El oficial Dionisio Méndez se acercó con toda confianza.

—¿Qué andas haciendo por aquí?

—Eso digo yo, mi General, ¿qué anda usted haciendo por estos sitios?

—Salí á dar una vuelta, ¿y qué novedades hay?

—Ninguna, General, todos están en sus puestos.

—Sí, es verdad, ¡valientes muchachos! ni la falta de víveres y municiones los acobarda. ¡Lástima de tanto heroísmo! pues en realidad nuestra situación no tiene remedio. Acabamos de tener junta de guerra y casi es cosa resuelta la rendición de la plaza.

—¿Cómo? ¿nos rendimos?

—Sí, pero no capitularemos nunca, eso tenlo por seguro.

—Y á propósito, mi General, parece que algunos soldados de las Guardias de Durango y Chihuahua están algo contrariados por su relativa inacción de estos últimos días.

—¡Ah!.....¿eso dicen?

—Sí señor.

¿Y qué tal estamos de municiones?

—Mal.....apenas tendremos para una ó dos horas de fuego.

—Bueno.....vámonos que ya es hora de descansar.

Los dos militares se retiraron sin pronunciar una palabra más.

\*\*\*

Al día siguiente el Gral. González Ortega—con su Estado Mayor, el Cuartel Maestre y otros Jefes de alta graduación—estaba muy atareado en el arreglo de documentos y en dictar varias providencias para la realización de los patrióticos proyectos que llevaría á cabo con el apoyo de sus valientes subordinados.

El General, con quien indirectamente hemos entablado conocimiento, se presentó en la estancia del General en Jefe y le dijo sin preámbulos:

—Vengo, General, á hacerle una súplica.

—Diga usted lo que guste, compañero.

—Que me permita batir al enemigo por una hora.

—¿Cómo, batir?

—Sí, señor mis soldados están impacientes.

De obtener más gloria y honores. ¿no es así?

—Puede ser, y el General se sonrió.

—¡Vaya usted en paz, hombre! y González Ortega notoriamente conmovido le dió un abrazo.

\*\*\*

Los patriotas de Durango y Chihuahua formaron en columna de ataque, salvaron los parapetos y se precipitaron valerosamente sobre el campamento enemigo.

¡Los dárdanos acaudillados por Héctor, no fueron ni más intrépidos ni más sublimes!

Por lo imprevisto y heroico el espectáculo fué soberbiamente deslumbrador. ¡Viva la libertad! ¡viva México! ¡viva Zaragoza! repetían con delirantes y frenéticas voces y se disputaban los unos á los otros el honor de ser los primeros en medir sus armas con el adversario. Algo así como el vértigo del torbellino se había posesionado de aquella masa de guerreros.

Quizás por lo brusco y violento de la embestida los franceses no contestaron el reto con su habitual osadía, y se retiraron á sus trincheras más formidables. Un grupo de treinta zuavos, un tanto repuesto de la sorpresa, quiso resistir al arma blanca,

pero fué arrollado y vencido en menos de cinco minutos. Algunos mexicanos que se habían aislado del grueso de la fuerza y eran fusilados á corta distancia, improvisaron violentamente una trinchera con sus compañeros muertos y siguieron peleando con tenacidad impávida hasta que otros de los suyos acudieron á librarlos de situación tan embarazosa.

El General no sólo alentaba con vehementes arengas, sino con su presencia en los sitios de mayor peligro y su actitud resuelta y fiera.

Aquella épica jornada fué el último vigoroso ataque de los sitiados, no para romper el sitio, sino para arrancar un laurel más á la victoria, para dar otra lección al finchado invasor, para cerrar con broche de oro la gloriosa resistencia de más de sesenta días.

A los tres cuartos de hora y cuando Forey airado enfilaba su artillería hacia el teatro de los sucesos, los republicanos se retiraron en buen orden, lanzando mueras á Napoleon III, á Forey, á los zuavos y vivas estruendosos á México y á Benito Juárez.

El 13 de Mayo quedó escrito con caracteres diamantinos en las hojas de nuestra historia y el Jefe de la expedición premia-

do con jubilosas aclamaciones de sus compañeros de armas y con el recuerdo, siempre fresco y siempre grato, de la posteridad.

Aquel héroe renombrado fué el Gral. José María Patoni.



### Oficiales azotados en la vía pública.

(17 de Mayo de 1863.)

El espectáculo de la ciudad rendida era inusitado por lo imponente y conmovedor.

Los restos de los polvorines—bien escasos por cierto—habían sido volados, la artillería clavada y desmontada, los fusiles y ballonetas hechos mil pedazos, las trincheras destruidas en parte, la bandera nacional arriada solemnemente de los edificios públicos y fuertes y las tropas dispersadas, con la previa amonestación de que ya libres se presentaran cuanto antes al gobierno de la República, para seguir sosteniendo nuestra amenazada independencia.

¡Aquel patriótico llamamiento fué la última y feliz anúteba, la postrera frase con que se cerraba una página luminosa de la historia patria!

En el atrio de catedral y en la Plaza de Armas se agrupaban los Generales, Jefes y oficiales, como llamados para una gran parada, con sus mejores uniformes y lu-

ciendo en los pechos las honrosas condecoraciones del 5 de Mayo que tres meses antes habían recibido de manos del Ciudadano Presidente.

En la marcial actitud de varios reflejábale la altivez, un tanto desdeñosa, del que, vencido por contingencias naturales, se creía más grande que el vencedor y más digno de ocupar un asiento entre los inmortales, entre los gloriosos propugnadores de los ideales más caros de la humanidad.

Todos se entregaban en calidad de prisioneros de guerra, sin condiciones, sin garantías, sin pedir nada, porque nada querían del perjuro invasor que, un día memorable, había pasado sobre su palabra sin el menor asomo de pudicia.

El pueblo soberano, en quien refluía patética y noblemente el orgullo nacional, agrupado sin distinción de categorías en las calles y plazas, contemplaba la escena que tenía mucho de legendario.

Casi no podía salir de su asombro, por otra parte, el ejército francés; lo que veía era un sueño, algo así como los cuadros fantásticos descritos en las fábulas de Arabia.

La rendición de Puebla—ha dicho un historiador eximio—es *típica* y casi no tie-

ne precedente en los anales de las guerras modernas.

Por desgracia; para esa gran epopeya nacional no ha nacido todavía un genio épico de la talla de Homero, ó Virgilio, ó Lucano, que la cante y divinice con viriles estrofas y rugidos de huracán, tal como corresponde á su esplendorosa majestad.

Su recuerdo, si fuese el único de nuestras pasadas glorias, sería lo bastante para immortalizar á los bravos defensores, en particular, al Ejército de Oriente y sus perínclitos jefes, para hacer la apoteosis de la patria mexicana y para mantener inextinguible el fuego del patriotismo en esta bendita tierra de promisión.

Zaragoza, Sebastopol y Puerto Arturo son nombres de fama universal, su recuerdo connota proezas perdurables y enseñanzas latentes de valor y osadía, pero el nombre de Puebla—perdónese este rasgo de cívica vanidad—está más alto y mientras la justicia exista será la página más luciente en el catálogo de los grandes hechos.

\* \* \*

En los altos de una casa de la calle de Herreros, un grupo de personas encopetadas conversaba con animación desbordante. Un Canónigo, como de 60 años, rechon-

cho, la tez morena y sin arrugas, presidía la reunión, arrellanado en una lujosa poltrona y teniendo cerca una mesita con recado de escribir y un legajo de papeles sujeto con balduque. Los otros personajes del grupo eran dos licenciados viejos y calvos, dos frailes y tres ricachos de la ciudad.

—¡Bendita sea la Virgen Santísima! dijo el Canónigo—hemos triunfado y debemos darnos los plácemes, porque la religión, siempre inmaculada y gloriosa, pronto triunfará definitivamente de sus enemigos. ¡Vaya que señores liberales! creían que su diabólica Constitución de 57 y sus no menos diabólicas Leyes de Reforma eran cosa hecha, y que nosotros, cruzados de brazos, nos echaríamos á llorar como unos chiquillos, ó nos conformaríamos tarde ó temprano con tanta iniquidad y tantas desvergüenzas.

—Tiene usted razón, señor Canónigo—agregó el más fanático y obtuso de los dos licenciados—la victoria es nuestra; el valiente ejército francés ha triunfado en buena lid y ha prestigiado nuestra santa causa; ahora nos toca hacerle un recibimiento digno de nosotros y digno de su esclarecido General en Jefe.

Eso mismo iba á decir, licenciado, cuando usted me interrumpió. ¿Qué opinan us-

tedes? ¿qué debemos hacer? Por mi parte y en representación del clero, debo decir que hemos acordado recibir al Excelentísimo Sr. Gral. Forey y su Estado Mayor *bajo palio* y con *Te Déum*.

—Creo—dijo uno de los frailes—que eso es bastante por ahora; no debemos hacer alarde de vanidosa ostentación, porque no sabemos que nos depare el porvenir, y por otra parte, debemos ser compasivos con nuestros compatriotas, y no lastimarlos, pues dígase lo que se quiera, y á pesar de sus extravíos, se han portado como verdaderos intrépidos.

—¡Ajá! Ahora ños había de salir usted, padre, conque se declara defensor de las chusmas de Juárez.

—No precisamente—repuso con viveza el fraile, que, dicho sea con la debida justicia, era un gran partidario del gobierno republicano y, por ende, enemigo de la Intervención, aunque secreto, por razones fácilmente imaginables—pero escuchen por unos momentos lo que voy á referirles: La rendición era un hecho acordado desde hace tres días, y al efecto, ayer el Gral. González Ortega dió órdenes á los demás Generales y Jefes para que hoy á las cinco de la mañana se inutilizara todo el armamento, se dispersara la tropa, y se entregaran

los militares de algún grado como prisioneros de guerra. El Gral. Forey, por consiguiente, no obtiene ningunos trofeos, ninguna gloria. El enemigo da por terminada la actual contienda, porque no puede hacer más, pero de ningún modo se considera vencido.

—Esas son ilusiones, padre—interrumpió uno de los circunstantes—ya verá su señoría que todos los prisioneros pronto serán deportados, y con eso es casi seguro el golpe de gracia.

—Yo no lo creo así; pero déjenme continuar: La resolución de los sitiados fué muy discutida, fuertemente contrariada, y al fin, viendo lo imposible, fué aceptada como una resolución heroica. Una vez redactada el acta, al ser leída por el Secretario del cuartel General, Coronel Jesús Loeira, para que la firmaran los que estuvieran de acuerdo, dicho Secretario se emocionó á tal grado que dos ó tres veces interrumpió la lectura porque las palabras se rebelaban á salir de la garganta. El efecto, no hay para que decirlo, fué patético hasta lo sumo; todos los presentes, emocionados y apretando la empuñadura de sus espadas, juraron seguir luchando hasta morir por su causa. Así que la lucha se ha aplazado nada más, ¡este rescoldo contiene brasas

muy vivas que no se extinguirán tan fácilmente!

Pero hay más, los mismos franceses estiman en lo que valen las peripecias de esta mañana; cuando los juaristas rompían sus armas azotándolas contra el suelo y las piedras, unos zuavos que avizoraban de cerca quisieron precipitarse para impedir el destrozo, pero fueron inmediatamente contenidos por sus oficiales; uno de éstos se encaró fieramente y les dijo: "Déjenlos en paz; merecen nuestro respeto y admiración; dejemos que hagan los defensores de la plaza todo lo que crean conveniente al honor de sus armas."

Conque ya verán ustedes si estoy en mis cabales.....

Un gran rumor de gritos y silbidos llegó intempestiva y distintamente hasta la mansión de nuestros contertulios, quienes, aprovechando el incidente para desembarazarse del inoportuno orador y del mal cariz que llevaba el asunto, se levantaron para asomarse á los balcones, desde donde vieron sólo una multitud de pueblo que corría en dirección de la plaza de Armas.

\*\*\*

Eran las diez de la mañana del inolvidable 17 de Mayo. Varios grupos de oficia-

les franceses, enteramente desarmados, transitaban por distintos rumbos de la ciudad. Algunos platicaban con oficiales mexicanos expresando su ingenua admiración por la tenaz resistencia y por la indomable bravura de los modernos espartanos; otros examinaban con ojos ávidamente curiosos el templo de San Agustín y las manzanas adyacentes, para descubrir los efectos de su artillería. Creían encontrarse con un montón de despojos y con lagos inmensos de sangre, por más que los republicanos tratasen de ocultar la magnitud de los destrozos y lo gigantesco del desastre. Poco á poco, sin embargo, se dieron cuenta de que el ejército francés, á pesar suyo, había sacado la peor parte en aquella sangrienta lucha de 62 días.

Algunos oficiales de la tropa de Márquez, de triste celebridad, se aventuraron también á transitar por las calles, con la ilusoria esperanza de causar buen efecto en la multitud y de ser bien recibidos por los intervencionistas y afrancesados. ¡La infeliz tentativa recibió bien pronto el más justo de los premios!

---¡Fuera de aquí los traidores! ¡mueran los judas! gritó un grupo de pueblo que se había instalado en las aceras de la calle de Mercaderes.

Los oficiales pretendieron encararse, desafiando con mirada torva y puños apretados á la multitud, pero conociendo su desairada situación, se conformaron con gruñir de rabia, mascullar algunos adjetivos pardos, y siguieron adelante soportando el chubasco de denuestos y carcajadas.

A su paso por la Plaza de Armas y ya cerca del atrio de catedral, las burlas se repitieron con mayor acrimonia, el pueblo no estaba tan sólo de guasa, sino frenético y amenazador. Terminaba la chacota y se daba principio á las vías de hecho, pues algunos hacían acopio de guijas para lapidar á los traidores que así se permitían pasear su desvergüenza en la vía pública.

Unos Cazadores de Africa que se extasiaban con la escena, que simpatizaban con el pueblo por uno de tantos resortes ocultos, que estaban admirados aún por el noble comportamiento de los sitiados, y que tal vez se sentían avergonzados por el contingente de los traidores, no pudieron reprimir su menosprecio por más tiempo y desdoblado baquetas de las inutilizadas por los republicanos, se fueron derecho á los oficiales traidores y los azotaron en presencia del pueblo que reía, gritaba, silbaba y aplaudía con tanta furia y tanto

entusiasmo como si estuviese en una plaza de toros.

Los torpes aliados del invasor, bien aleccionados con la zurribanda, juzgaron que el mejor partido en la ocasión era tomar las de Villadiego, cosa que realizaron en menos tiempo del que hemos tomado para contarlos.

El Canónigo que se había dado cuenta á medias de lo que pasaba—aunque nada había visto de la hilarante hazaña de los Cazadores—exclamó con beatífico acento, desde el balcón: “¡Estos liberales y desalmados juaristas son el mismísimo demonio!”

